

Con los jóvenes y para los pobres

"Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde" (Jn 13, 7).

Hace año y medio que me ordené como presbítero y desde entonces he podido vivir todavía más mi vocación de servicio y presencia con los jóvenes con los que durante muchos años he tenido la oportunidad de aprender cada día en qué consiste seguir a Jesús.

Estoy agradecido por vivir con muchas relaciones con jóvenes, con quienes poner mis capacidades en juego y que me dan mucho sentido en mi celibato. Desde hace algún tiempo vivo con más gratitud la presencia con ellos, sin demasiadas pretensiones, queriendo compartir lo que vivo con ellos y no tanto organizar cosas para ellos.

Acompañar las búsquedas de los jóvenes es para mí algo importante y enriquecedor, aunque a veces no sea fácil. Supone paciencia y audacia para salir a su encuentro y sobre todo mucha fe para no vivir creyendo que todo depende de uno mismo, fe en que Dios llama siempre.

Me ha costado tiempo comprender y vivir que no depende de mí el proceso de educación en la fe de los jóvenes, sino que depende de Dios, que Él sabrá y capacitará a los que llama y que lo que a mí me toca es ser como Juan Bautista, que vive con la mirada puesta en Jesús para acercar a los jóvenes al encuentro con Jesús (Jn 1, 35-39). Recuerdo las palabras de Don Miguel, obispo de Vitoria, el día de mi ordenación diaconal en la imposición de manos: "que el Señor sea tu único amor". Y es que, siendo Jesús mi único amor podré acercar a los jóvenes al encuentro con Jesús. Es una llamada fuerte a llevar al encuentro con Jesús a los jóvenes, algo personal e intransferible. Esto me ha dado mucha paz y me ha quitado muchas pretensiones vanas.

Siento que los corazones de los jóvenes son tierra sagrada, donde entrar con cuidado, descalzo y acogiéndoles. Para mí han sido fuente de oración, de enriquecimiento, me han hecho mucho bien, me ha supuesto dar testimonio de mi vida, de refrescar la vocación y la llamada, de dar testimonio de cómo vivo y de explicar con fe sencilla lo fundamental de la fe.

Durante más de diez años llevo trabajando con jóvenes en diferentes colegios donde me encuentro cada día con muchos de ellos. Todavía hoy me sorprenden cuando me preguntan por mí, cuando me cuestionan y se interesan. Estar con ellos me reclama tener "leída" mi vida a la luz de la fe, de manera actualizada y cercana. Ellos son estímulo para vivir centrado, reclamo de oración y acompañamiento para evangelizar todos los "rincones" de mi vida.

Los jóvenes son especialistas en percibir un testimonio auténtico. Ellos captan enseguida si estoy con ellos porque quiero "conseguir" algo de ellos como que vengan a las actividades que preparamos, o si, por el contrario, se sienten queridos, escuchados y acogidos en lo que son.

Yo puedo ser testigo de algo que he recibido y a lo que quiero responder encarnando la vocación recibida en el servicio y la acogida a los jóvenes "con los mismos sentimientos de Jesús".

Quiero ser siervo y no sacerdote. No he optado por autorrealizarme, ni por buscar reconocimientos... a veces no es tan claro, pues los busco o me veo en ello... pero quiero conformarme cada día más con el servicio, tarjeta de visita de Dios.

Dios me ha buscado, me ha encontrado y me ha vinculado en comunidad de



hermanos para ofrecer en una misma vida, fe y misión, un servicio liberador a los jóvenes y a los pobres, haciéndonos "pueblo" con ellos y en ellos. Y, así, voy aprendiendo en comunidad a servir primero a mis hermanos con los que vivo y comparto la vida, para servir también a mis hermanos "jóvenes".

Más de un año de cura que vivo agradecido por este don recibido, por el ministerio como iniciativa del Padre. Todavía todo es muy nuevo y me reclama mucho para vivirlo con profundidad. Recuerdo las palabras de Guillermo, uno de mis formadores y hermano Adsis, al decir que el mayor peligro de los curas es la superficialidad.

Me sobrecoge celebrar la eucaristía. Ya no es solo sentirme invitado a la entrega, al contemplar la de Jesús, sino que me siento llamado a "ser entrega", a ser así, de esa manera... y de esta forma servir a los demás.

Presidir y celebrar los sacramentos sigue siendo una experiencia "muy fuerte". Sobre todo la celebración de la reconciliación que me ha acercado a lo más humano de los jóvenes, en su deseo y necesidad de abrazarse a Dios. Aprendo de la gran fe que Dios regala a los sencillos, del valor a poner palabra a la debilidad, al sufrimiento... He sentido a Dios mirándome, hablándome... He acogido con agradecimiento la presencia de Dios y me han llevado a la oración, a poner los jóvenes ante Dios y pedir por cada uno.

Ante ti Señor pongo tantos rostros que me han atravesado por dentro con su mirada sufridora y pecadora, anhelante y transparente que descubre tu presencia. Atravesado también por la historia del doliente y marginado, por la del pequeño impotente y castigado. Atravesado por la confesión sincera y confiada de la vida y de la muerte...

Y el encuentro contigo es más fuerte de lo que haya podido consolar pues ha sido tu presencia en mí y en los que se acercan a ti (en mí) para buscar tu abrazo, la que he podido contemplar y admirar.

Y la mirada de los jóvenes anhelantes de un amor que perdura y no se agota me va transformando por dentro para ser servidor de tus signos que con ellos nos descubres.

Llevado por la fe de tantos que he contemplado acercándose para que Dios les abrace quiero vivir aprendiendo a ser hermano y siervo con los jóvenes, descubriendo los caminos del discípulo de Jesús.

Y es que Dios hace mucho más que lo que yo pueda percibir, controlar o comprender. Se trata de echar las redes, de caminar en la fe y de comprender más tarde (Jn 13, 7). En esta fe quiero dejarme servir por Jesús para servir "con" los jóvenes.

Oskar Susaeta
Salamanca, julio 2010